

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ GUIASOLA

NEOMARXISMO

FEMINISMO, MARXISMO Y GÉNERO

DE LA BATALLA ECONÓMICA
A LA BATALLA CULTURAL



El marxismo se ha convertido en un conglomerado de reivindicaciones de minorías que obedecen al llamado progresismo globalista. Conozca cómo ha sido su recorrido hasta hoy.

SEKOTIA

JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ GUIASOLA

NEOMARXISMO

*Feminismo, marxismo y género.
De la batalla económica a la batalla cultural*

SEKOTIA

© JOSÉ MANUEL MARTÍNEZ GUIASOLA, 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2024

Primera edición: febrero de 2024

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN REFLEJOS DE ACTUALIDAD
Editor: Humberto Pérez-Tomé Román

www.sekotia.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Romanyà Valls
ISBN: 978-84-19979-14-8
Depósito: CO-195-2024
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

PRÓLOGO.....	13
INTRODUCCIÓN	17
CAPÍTULO I	
DEL FEMINISMO LIBERAL AL FEMINISMO NEOMARXISTA ...	21
1.1 La etapa del feminismo liberal.....	23
1.1.1 Inglaterra.....	23
1.1.2 Francia.....	39
1.1.3 Estados Unidos	46
1.2 La etapa del feminismo marxista.....	49
1.2.1 Feminismo y socialismo en Engels.....	50
1.2.2 Feminismo y socialismo en August Bebel.....	59
1.2.3 El feminismo marxista de Alexandra Kollontai.....	66
1.2.4 Aplicación de los postulados del feminismo marxista.....	75
1.3 La etapa del feminismo neomarxista	84
1.3.1 Las teóricas del feminismo neomarxista.....	93
1.3.1.1 Simone de Beauvoir	93
1.3.1.2 Kate Millet.....	98
1.3.1.3 Shulamith Firestone.....	103

CAPÍTULO II	
DESARROLLO DEL FEMINISMO NEOMARXISTA Y	
POLITIZACIÓN DE LA HOMOSEXUALIDAD..... 109	
2.1 La radicalización del feminismo y la teoría <i>queer</i> : nacimiento de la ideología de género.....	121
2.1.1 Las teorías <i>queer</i>	121
2.1.2 El feminismo se hace <i>queer</i>	128
2.1.3 El uso de lo <i>queer</i> como arma política.....	130
2.1.4 Femen.....	147
2.2 La politización de la homosexualidad.....	171
2.2.1. La acomodación histórica.....	176
Vocabulario.....	181
Mitología.....	184
Leyes griegas.....	198
2.2.2 Promoción social de la homosexualidad.....	199
CAPÍTULO III	
DIFUSIÓN DE LA IDEOLOGÍA DE GÉNERO 207	
3.1 La revolución global.....	214
3.2 Los nuevos derechos como contenido de la nueva ética.....	222
3.2.1 La extensión de nuevos derechos: los principios de Yogyakarta.....	225
3.2.2 La Agenda 2030.....	244
3.3 Los medios de comunicación y el lenguaje. ¿Herramientas ideológicas?.....	250
3.3.1 Los medios de comunicación como creadores de opinión.....	250
3.3.2 El lenguaje al servicio de la ideología.....	256
CAPÍTULO IV	
CONSECUENCIAS DE LA APLICACIÓN DE LOS POSTULADOS DEL GÉNERO POR PARTE DEL NEOMARXISMO 277	
4.1 Consecuencias sociales.....	278
4.1.1 La destrucción de la familia.....	278
4.1.2 El estancamiento demográfico: la promoción del aborto.....	295
El empleo de la mentira como arma política.....	300

La financiación de grupos afines.....	309
La creación del derecho al aborto	314
4.2 Consecuencias antropológicas.....	325
4.2.1 El <i>Manifiesto SCUM</i>	328
4.2.2 La herencia del Mayo francés.....	333
4.2.3 El varón perseguido.....	341
4.2.3.1 La estigmatización social del varón	342
4.2.3.2 La pérdida de la masculinidad	368
4.3 Consecuencias culturales.....	373
CAPÍTULO V	
LA DESIDEOLOGIZACIÓN COMO TAREA Y LA BATALLA	
CULTURAL COMO RETO	415
5.1. La creación de un nuevo feminismo.....	416
5.1.1. El feminismo de la complementariedad	420
5.2 Conociendo quién maneja los hilos.....	422
5.3. Dando la batalla cultural	433
 BIBLIOGRAFÍA.....	 445

A mis padres, Antonio y Mercedes,
quienes me enseñaron el verdadero valor de la familia.

A Ángeles Camino Flores por su apoyo incondicional
en la redacción de este libro.

PRÓLOGO

Esta monografía del profesor Martínez Guisasola constituye un «tabú» en el ámbito de la corrección política actual. El feminismo contemporáneo y la ideología de género son teselas del mosaico constituido por el principio de articulación hegemónica, herramienta que posibilita la sustitución de la categoría política de proletariado por nuevas identidades colectivas. Tal herramienta, junto con otras como la espiral del silencio, ha sido clave en la reconstrucción y blanqueamiento del marxismo tras la caída del muro. La sociedad contemporánea, modelada por el marxismo cultural, ha venido siendo adiestrada para admitir su discurso de forma acrítica. De hecho, tal adiestramiento se ha ido implementando desde hace mucho tiempo. En la época en que el marxismo científico tenía como exponente el régimen soviético y el de sus satélites, surgió en Occidente, en el seno de las democracias liberales, un ideario de izquierda auto titulado marxista. Pero se trataba de un marxismo meramente «ornamental» en relación al marxismo clásico y, por supuesto, ampliamente transformado, desbordado y fagocitado por el globalismo oficial, esto es, por el imperialismo anglosajón.

De hecho, este neomarxismo, o marxismo cultural, se ha erigido como paladín de lo que podríamos llamar «fundamentalismo democrático», que irónicamente fue la piedra angular de

la justificación doctrinal del expansionismo imperialista norteamericano. Tal «fundamentalismo» tiene su principal exponente en la doctrina del Destino manifiesto. Propugnada por primera vez por John L. O'Sullivan, básicamente viene a decir que existiría un designio de la Providencia para que la democracia se expanda a través de la voz del pueblo norteamericano, que es la voz de Dios. No cabe mayor paradoja, el neomarxismo se rearma apoyándose en la ideología antagónica del marxismo clásico. Cuando los grupos políticos auto percibidos de izquierdas asumen estos principios los sintetizan en el axioma: la clave no está en el eje derecha – izquierda, sino dictadura – democracia. Dicotomía que en su discurso pedestre se traduce como la alternativa entre social democracia o fascismo. La gran pregunta es ¿Cómo se consigue la cuadratura del círculo, cómo se hace del marxismo un instrumento al servicio de una oligarquía capitalista?

Como es bien sabido, una de las piedras angulares de este proceso la puso Antonio Gramsci quien postuló la necesidad de trasladar la lucha de clases al terreno de la cultura de masas. Será Gyorgy Lukács quien concrete este postulado señalando que el acceso al poder ha de hacerse, no a partir de la transformación revolucionaria de los modos de producción de la vida material, sino a través de la cultura. La lucha debe centrarse en la modificación de las superestructuras, de las formas de pensar, de los discursos. Se abre camino el planteamiento que aboga por la necesidad de subvertir el sistema de valores clásico de la cultura occidental. Clave para este proceso resultó el exilio en Estados Unidos de la mayoría de los miembros de la Escuela de Frankfurt. Recalaron en la universidad de Columbia donde encontraron una calurosa acogida.

Esto estuvo principalmente motivado por el hecho de que, ante el peligro soviético, Estados Unidos tenía un vivo interés en acoger y financiar, a través de instituciones universitarias públicas y privadas, un nuevo paradigma de marxismo que no fuera lesivo para sus intereses. Los pensadores de la Escuela de Frankfurt ambicionaban construir una nueva realidad a través del discurso. Desarrollan la llamada teoría crítica, según la cual la cultura

judeocristiana occidental era la responsable de la alienación de la sociedad. Según ellos, a través de la promoción de valores como el patriotismo, la defensa de la familia y la moral religiosa, se había desembocado en situaciones alienantes. De hecho, acabarán acusando globalmente a la cultura occidental de haber marginado a sectores sociales enteros. Es aquí donde entroncamos con el estudio del profesor Guisasola, que analiza la relectura que el neomarxismo ha hecho del feminismo liberal (cuyos orígenes expone exhaustivamente), e incluso de la revisión del feminismo que hace el marxismo clásico (tema que también estudia con profusión).

De hecho, Guisasola pone de manifiesto cómo la nueva perspectiva feminista, la ideología de género, y la politización y promoción de la homosexualidad, se van a convertir en poderosas herramientas al servicio del proyecto revolucionario al que hemos hecho referencia: el desmantelamiento de la cultura occidental de matriz judeocristiana. Todos estos segmentos ideológicos tienen un fuerte poder desestructurante del tejido social. Así, entre sus objetivos están: la liquidación de la familia a través de la propuesta de una pléyade de supuestos modelos familiares; el estancamiento demográfico por vía del control de natalidad y la promoción del aborto; la instigación de la guerra de géneros mediante la aplicación de la dialéctica marxista a las relaciones entre hombres y mujeres; la difuminación de la identidad de género a través del lenguaje, con asertos tales como: que no se nace hombre o mujer, sino que simplemente es una cuestión de autopercepción; que es posible cambiar de género (generalizando el uso de vocablos como transición o reasignación) mediante la cirugía y la medicación, y postulando la existencia de una planoplia de géneros y orientaciones sexuales. De entrada, tales postulados aparecen como contrarios a la razón, al sentido común y al principio de realidad ¿Cómo pueden conseguir que se asuman? La respuesta es clara, han colonizado el sistema educativo para inculcarlos, los medios de comunicación para difundirlos, y han alcanzado el poder para establecerlos como nuevos derechos e imponerlos legalmente.

Una de las grandes aportaciones del profesor Guisasola en esta monografía es hacernos caer en la cuenta de cómo el neo-

marxismo, al apropiarse del feminismo clásico, de la ideología de género y de las reivindicaciones del colectivo homosexual, ha politizado estas cuestiones con unos fines muy claros. El primero de ellos, al que ya he aludido, lo define muy bien nuestro autor señalando que se pretende: «reagrupar a colectivos en un mismo eje...denominado... *hegemonía articulada*». Consecuencia de este es la segunda meta a alcanzar que, en palabras de Guisasola, consiste en la estrategia de: «crear micro conflictos sociales que permitan confeccionar un escenario de lucha revolucionaria». Finalmente, y no menos importante, es la intención de que a través de la implementación de estos planteamientos ideológicos se produjera el colapso de todos los valores morales clásicos de Occidente, con la consiguiente desestructuración social que ello conlleva. Este último objetivo es clave pues no solo sirve a los intereses neomarxistas, sino también a los de la oligarquía capitalista que usa el neocomunismo como herramienta de control social. Una sociedad desestructurada es fácilmente manipulable.

Pero esta monografía no solo se limita a hacer un certero análisis de la realidad, tras el cual hemos de resignarnos, sino que en el último capítulo plantea dos tareas clave: la desideologización y la batalla cultural. Para ello hay que identificar al adversario, fijando la atención no solo en el marxismo cultural, sino en la plutocracia globalista que los maneja. Una vez que esto se tiene claro se ha de ofrecer una alternativa que rompa el principio dialéctico de enfrentamiento entre géneros establecido por los marxistas. Esta no es otra que apostar por un feminismo «de la complementariedad». Es mi deseo que esta obra alcance gran difusión, aunque sospecho que no le faltarán detractores que tendrán credibilidad ante el gran público porque sigue teniendo gran actualidad aquel celebre aforismo de Mark Twain: «Es más fácil engañar a la gente que convencerlos de que han sido engañados».

PABLO DÍEZ HERRERA
VICEDECANO DE LA FACULTAD
DE TEOLOGÍA SAN ISIDORO DE SEVILLA

INTRODUCCIÓN

Occidente está en crisis. Este conciso aserto bien podría ser el titular de una crónica periodística con la que describir la situación de aquellas sociedades que pueden ser encasilladas en lo que se conoce como el primer mundo. Basta con echar un somero vistazo para comprobar que nos encontramos ante una situación de inestabilidad social y política. La institución familiar, otrora pilar fundamental sobre el que se apoyaba nuestra sociedad, se encuentra ante la mayor crisis de toda su historia. Nuestra cultura, que ha sido cuna de las grandes gestas de la humanidad, se halla en un irrefrenable proceso de descomposición. El hombre y la mujer, que desde los orígenes de la humanidad han cooperado por la supervivencia de la especie, se encuentran inmersos en una batalla de sexos sin precedentes históricos. El lenguaje, que ha sido siempre empleado para la comunicación humana, se ha convertido en las últimas décadas en una herramienta de conflictos políticos. La religión cristiana, que había servido como elemento de cohesión social y como cauce del enaltecimiento de la dignidad del hombre, es presentada como un lastre del que hay que liberarse, de ahí que sea continuamente atacada y vilipendiada. La maternidad, antiguamente considerada no solo como un bien social sino, sobre todo, como el elemento que engrandece a la mujer, ha pasado,

en poco tiempo, a ser concebida como alienante de la naturaleza femenina. La objetividad moral, que ha servido para regular el comportamiento humano, se niega para dar paso al relativismo y al subjetivismo. Los vínculos afectivos sólidos, que han permitido consolidar relaciones de parejas estables, son sustituidos por lazos fluidos, carentes de consistencia, que no permiten la creación de proyectos de convivencia serios y perdurables. La libertad de expresión, derecho de gran estima en la tradición cultural occidental, por ser en ella donde nació, hoy es abiertamente perseguida por la corrección política. La percepción objetiva de la realidad, que ha posibilitado el conocimiento imparcial de las cosas, hoy día es cancelada en nombre de las ideologías que promueven la posverdad. Los dirigentes políticos, que antaño eran personas con amplia formación académica para la gestión de la cosa pública, hoy han sido fagocitados por una casta de politicastros de espíritus mostrencos y mentes ignaras, incapaces de diligenciar sus propias existencias, pero que osan hacerlo con las de los demás. Las leyes, que ayer tenían al bien común como causa final de las mismas, hoy son promulgadas por rábulas y leguleyos con la intención de favorecer a minorías sociales hábilmente cooptadas por los nefarios capitostes del poder, aun sabiéndose de ante mano las deletéreas consecuencias que estas disposiciones jurídicas van a causar en la mayoría de la población. El sexo biológico, que desde siempre había posibilitado catalogar a la humanidad en dos categorías (hombre o mujer), hoy es negado en nombre del género fluido, dando cabida a una lista interminable de posibles opciones, tantas como autopercepciones puedan constatararse. Las escuelas y las universidades, que en época pretérita eran instituciones encargadas de instruir y formar a niños y jóvenes con la intención de elevar el espíritu humano y de crear ciudadanos críticos, hoy son centros de adoctrinamiento ideológico, donde es instilado el pensamiento único. Los académicos e intelectuales, que en tiempos pasados contribuían con su trabajo a reprobar y satirizar las incongruencias lógicas de los mandatarios, hoy son sus principales palmeros, no dudando en tergiversar la historia para contentar a sus amos. Los periodistas y comunicadores, que

antes se encargaban de denunciar los abusos del poder, hoy son sus principales colaboradores en la promoción de la ingeniería social. Y la lista se podría seguir alargando.

¿Cómo se ha llegado a esta situación? ¿Se ha debido a la casualidad como resultado del discurrir histórico?, o, por el contrario, ¿ha sido provocada? Y, si así fuese, ¿quiénes han sido sus causantes? ¿Es posible revertir este estado de cosas? Para responder a estas y a otras cuestiones similares se ha escrito el libro que tienes en las manos. Es una obra que se encuentra vertebrada por tres conceptos clave como son el feminismo, el marxismo y el género. Estas tres categorías sociopolíticas actúan como patas de un trípode sobre el que se asienta toda la argumentación que le ofrecemos al lector. Para ello hemos optado por presentar el contenido en cinco capítulos. En el primero de ellos nos vamos a adentrar en la historia del movimiento feminista, partiendo desde finales del siglo XVIII hasta la década de los años setenta de la pasada centuria. Aquí veremos cómo la corriente feminista ha estado basculando entre dos ideologías, como son el liberalismo y el marxismo y cómo esta última se ha apoderado del feminismo articulando su lucha con la del obrero, sujeto revolucionario por antonomasia de aquel. En el segundo capítulo continuaremos con la historia del feminismo para ver su desarrollo durante la segunda mitad del siglo XX y su actualización a partir de la noción del género. Es una etapa interesante ya que es aquí donde se cambia de relato y, por tanto, de discurso político. Se hará también una presentación de las teorías *queer* que son las que han impregnado al feminismo de la tercera ola. En el tercer capítulo se abordará la difusión de la llamada ideología de género y el impacto que esta ha tenido en el mundo occidental. Veremos que han sido los organismos supranacionales como la ONU o la Unión Europea los que han estado en la base de la defensa y promoción de los postulados del género, mostrando los intereses subyacentes a este hecho. El uso ideológico del lenguaje y sobre todo la creación de nuevos derechos también ocuparán un lugar importante en este apartado, ya que han sido las herramientas usadas para la implementación de políticas que han contribuido a la desestabilización cultural de nuestras

sociedades. En el cuarto capítulo nos adentraremos en ver cuáles han sido y siguen siendo las nefastas consecuencias tanto sociales, antropológicas y culturales de la aplicación de estos postulados. Finalmente, concluimos con un capítulo dedicado a la necesaria desideologización, como reto para los disidentes de esta ideología, en el marco de una batalla cultural.

Pero antes de que el lector inicie su particular singladura engolfándose en la lectura de las páginas que lo esperan quisiéramos hacer una declaración de intenciones. El cometido que hemos pretendido llevar a cabo ha sido el de tratar de explicar las causas que han provocado las distintas y diversas convulsiones hodiernas que aderezan a nuestras sociedades contemporáneas. Ahora bien, siendo sus principales causas de orden político hemos tenido que ahondar en él para realizar un diagnóstico que nos permita dilucidar y comprender cómo se ha gestado dicho orden (o desorden) social en el que nos hallamos. Disciplinas tales como la sociología, la antropología, la historia y las ciencias políticas van a estar en la base de nuestros intentos explicativos. Aunque en todas ellas hay cabida para el disenso son, en estas últimas, en donde más abiertamente se perciben las discrepancias de enfoques, produciéndose no pocas controversias académicas, ya que ningún investigador aborda una temática sobre cuestiones sociopolíticas de manera aséptica. Ideas preconcebidas, opciones partidistas y preferencias ideológicas siempre van a condicionar todo tipo de estudio. En este sentido, ni los autores ni los lectores somos ajenos a este fenómeno. Por nuestra parte, hemos pretendido ser lo más objetivos posible a la hora de diagramar el contenido que se presenta, aunque nos hacemos cargo de que lidiar con este tipo de cuestiones no suele dejar indiferente a nadie. Por ello juzgamos prácticamente imposible poder describir la realidad social que nos circunda sin incomodar a algunas personas. Pero esta posibilidad no debe retraernos del esfuerzo intelectual por comprender nuestro agitado y cambiante mundo postmoderno.

CAPÍTULO I

DEL FEMINISMO LIBERAL AL FEMINISMO NEOMARXISTA

Que el feminismo es uno de los movimientos que más presencia y peso social posee en la actualidad, al menos en Occidente, es algo que está fuera de toda duda. Sin embargo, no deja de ser significativo, a la par que curioso, el hecho de que cada vez sean más las mujeres que se alejan de él sosteniendo que dicho movimiento no las representa. Algunas incluso se declaran abiertamente antifeministas manifestando también su vergüenza por ese colectivo del que pretenden desvincularse. Aquí la pregunta es evidente, ¿qué ha ocurrido para que se dé este fenómeno que lleva a una mujer a reconocer que no se siente feminista ni a identificarse con las nuevas reivindicaciones de un movimiento que supuestamente la debería representar? No resulta fácil responder a la pregunta planteada sin recurrir a la propia historia del feminismo. Las reclamaciones y peticiones de igualdad de derechos entre hombres y mujeres ya se iniciaron entre el siglo XV y XVI en el contexto cultural del Renacimiento, y un siglo más tarde, el sacerdote católico François Poulain de la Barre puso las bases conceptuales para el nacimiento del feminismo como corriente

teórica al publicar en 1673 su obra *De l'égalité des deux sexes*. Sin embargo, juzgamos que es en el siglo XVIII donde tenemos que ubicar el nacimiento del feminismo como entidad de carácter sociopolítico. Para estudiar esta corriente necesitamos dividirla en tres etapas históricas distintas. Ahora bien, esta división se puede hacer siguiendo, al menos, dos criterios fundamentales. Uno, atendiendo al conjunto de reivindicaciones de sus peticionarias y otro, en función de la ideología política subyacente. Según el primer criterio podemos hablar de una primera etapa denominada feminismo ilustrado, en clara alusión a la centuria en que se originó, donde lo que se buscaba era establecer y desarrollar la teoría jurídica de la igualdad de derechos entre hombres y mujeres. La segunda etapa hay que situarla en el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX y viene bautizada como feminismo sufragista, denominada así porque entre sus reivindicaciones más características estaba el derecho al voto. No era la única petición, junto a esta se solicitaba la participación política de las mujeres en igualdad de condiciones que sus compañeros varones, así como el acceso de las féminas a estudios superiores que las capacitara intelectualmente para ingresar en la vida pública. Finalmente, la tercera etapa la situamos en la década de los años 60 del pasado siglo XX, coincidiendo con el fenómeno contracultural del Mayo francés donde se da la reivindicación del sexo y del poder.

Atendiendo al segundo criterio anteriormente mencionado, es decir, aquel que viene caracterizado por la ideología política que le viene aneja, el movimiento feminista puede ser estructurado también en tres etapas, siendo la primera denominada feminismo liberal, por nacer dentro de las corrientes liberales gestadas en los siglos XVIII y XIX. Una segunda etapa, que oscila entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX, vertebrada por la filosofía socialista y comunista que reorganizó los postulados del movimiento para que militara junto con la clase obrera en la lucha revolucionaria, lo que le valió el nombre de feminismo marxista. Y finalmente una tercera etapa, incoada en la década de

los años 50-60, conocida con el apelativo de feminismo radical o neomarxista¹.

De los dos tipos de división de la historia del movimiento feminista nosotros vamos a optar por el segundo para tratar de responder a la pregunta inicial con la que abrimos el presente capítulo.

1.1 LA ETAPA DEL FEMINISMO LIBERAL

El origen de este período hay que situarlo dentro del contexto de las dos grandes revoluciones acaecidas durante el siglo de las luces en Europa. Nos referimos a la Revolución Industrial y a la Revolución francesa, siendo la primera de carácter económico y la segunda de carácter sociopolítico. Es precisamente dentro de este espectro, tamizado posteriormente por las ideologías liberales, donde el movimiento feminista comenzará a fraguar su sistema teórico, con la pretensión de igualar jurídicamente a hombres y mujeres; sistema de teorización que contará con tres grandes focos como son Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de América. Como cada uno de estos tres centros neurálgicos de gestación del feminismo tiene su propia complejidad procederemos a estudiarlos por separado.

1.1.1 INGLATERRA

En el contexto inglés, la autora de referencia, por ser considerada como pionera en la lucha por la promoción de la causa femenina, es Mary Wollstonecraft. Nació un 27 de abril del año 1759 en

1 Esta tercera etapa, por su complejidad y extensión, va a ser tratada tanto en el presente capítulo como en el segundo de esta obra. En el primero nos detendremos en el pensamiento de algunas autoras que utilizaron el método marxista en su reflexión y en el segundo nos centraremos en el desarrollo que esta corriente experimentó en la década de los 90, dando origen a lo que posteriormente se denominaría teorías *queer* e ideología de género. Las modificaciones y aditamentos que experimentó el feminismo a finales del pasado siglo XX y principios del XXI bien podría permitir hablar de una cuarta ola dentro de esta corriente. Nosotros optamos por mantener una división en tres etapas. Cf. Nuria Varela, *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Ediciones B, Madrid 2019.

una familia perteneciente a la clase de la burguesía media y esto gracias a su abuelo Edward Wollstonecraft, quien fue un emprendedor empresarial instalado en Spitafields, uno de los barrios de la ciudad de Londres, dedicado a la industria textil. Su padre no tuvo tanto éxito en los negocios como su abuelo por lo que vivió más de las rentas heredadas que de lo conseguido por su propio ingenio. En cualquier caso, supo inculcar en su hija los valores de las mujeres de la clase media. De este modo la joven Mary empezó a ser instruida según las consignas y los parámetros de la formación femenina de la época, que consistía en educar a las mujeres para que pudieran convertirse en fieles esposas y buenas madres. Sin embargo, ella, como espíritu libre, pronto comenzó a sentir una fuerte desafección por este modelo educativo y, en la medida de lo posible, huyó de él, preocupándose por su aprendizaje intelectual, contando para ello con la inestimable ayuda del padre de Jane Arden, una de sus amigas de la infancia, quien enseñaba a ambas muchachas filosofía y lenguas clásicas, formación que era completada, de manera autodidacta, con la lectura de innumerables libros. Al no casarse, tras superar la barrera de la adolescencia y, por consiguiente, no depender económicamente de un marido, tuvo que trabajar como institutriz y maestra, empleos que desempeñó durante un tiempo hasta que decidió lanzarse y trabajar como escritora, algo nada fácil para una mujer en el aquel contexto histórico. Sin embargo, el editor Joseph Johnson apostó por ella, haciendo que Mary Wollstonecraft se desarrollara como crítica literaria, ya que se le encomendó la realización de muchas reseñas bibliográficas, algo que compaginaba con la redacción de algunas novelas, así como textos de índole sociopolítico, además de su función de traductora. No en vano aprendió alemán y francés, algo que le sirvió para conseguir la confianza del citado editor. En poco tiempo demostró sus dotes como escritora y, aunque estaba llamada a ser una autora de renombre por su prolijidad literaria, sus vaivenes en el mundo amatorio la llevaron a la depresión y al ostracismo. Fue precisamente en su época dorada de ensayista cuando conoció a Henry Fuseli, un pintor prerromántico de origen suizo afincado en la ciudad de Londres, con quien gustaba

debatir sobre cuestiones culturales². Con el paso del tiempo la simpatía inicial, que probaba por su nuevo colega, se transformó en un efervescente sentimiento que embriagó el corazón de Mary. Conocedora de que Fuseli estaba casado y sabiéndose también incapaz de embridar aquel sentimiento que se había apoderado de ella, decidió darle rienda suelta y, contra los principios morales que regían el comportamiento entre hombres y mujeres en la época, se convenció de que lo mejor era convertirse en su amante. Así que Wollstonecraft trasladó la propuesta a su enamorado quien no necesitó reflexionarlo mucho para acceder a tan rijosa proposición. Esta relación se prolongó durante un tiempo, hasta que Mary decidió realizar una nueva propuesta, esta vez no solo a Fuseli, sino también a su mujer, planteándoles una vida conjunta entre los tres. La esposa del artista quedó horrorizada por el planteamiento y Fuseli no tuvo más remedio que romper con su colega literaria. Este fue el motivo de la ruptura del pintor y la escritora, y esta, humillada y preterida por la fuerte reacción y el taxativo rechazo del matrimonio se vio abocada a tomar la decisión de marcharse, no solo de la ciudad de Londres, sino del país. El lugar de destino que eligió fue Francia, ya que la nueva situación que se estaba viviendo entre los galos debido a la Revolución francesa le daba la oportunidad de profundizar en sus ensayos sociopolíticos. Ya había escrito una obra en 1790 titulada *Vindicación de los derechos del hombre* en donde reflexionaba sobre estas cuestiones³. Aunque su obra más representativa y por la que alcanzó una cierta notoriedad fue *Vindicación de los derechos de la mujer*, redactada en poco más de seis semanas y publicada a principios de 1792. Fue en diciembre de ese mismo año cuando llegó a la capital francesa con la intención de presenciar en primera persona

2 Sobre la vida artística de este creador pictórico véase Frederick Antal, *Estudios sobre Fuseli*, Visor, Madrid 1989.

3 Esta obra fue escrita por Wollstonecraft para responder a otro libro publicado en el mismo año por Edmund Burke titulado *Reflexiones sobre la revolución en Francia*. Aquí el filósofo y político inglés hace una crítica conservadora sobre los acontecimientos parisinos. Con *Vindicación de los derechos del hombre*, Mary hace un planteamiento distinto al de su compatriota respecto al fenómeno revolucionario.

los acontecimientos que estaban propiciando la caída del antiguo régimen y el nacimiento de un, supuesto, mejor orden para la vida social. En París se reagrupó a otros escritores de su misma lengua y fue precisamente en este contexto donde conoció al norteamericano Gilbert Imlay, de quien se enamoró perdidamente. Si Wollstonecraft aspiraba a contraer matrimonio con su nuevo amor es algo que no se sabe, aunque lo cierto es que el norteamericano no tenía la más mínima intención de llegar al altar. En cualquier caso, su idilio estuvo basado más en el sexo que en el compromiso, por lo que Mary quedó pronto embarazada. Dio a luz a una niña el 14 de mayo de 1794 a quien puso por nombre Fanny⁴. Su ocupación materna la fue compaginando con su labor intelectual, pues no dejó de escribir ni de recopilar información mientras estaba en Francia. Sin embargo, la situación para la colonia de ingleses afincada en la ciudad parisina se complicó a raíz de la declaración de guerra entre Inglaterra y Francia. Precisamente fue este hecho lo que llevó a Gilbert Imlay, que no era británico sino norteamericano, a registrarla como su esposa, aunque nunca llegaron a casarse. Sin embargo, este espíritu protector del americano duró poco, tal vez por el descontento con la actitud maternal y casadera que Mary había adoptado después de alumbrar a su primera hija. Quizás esto motivó el que Imlay decidiera ir a Londres temporalmente, dejando a Wollstonecraft en Francia. Esta, después de una larga espera y sumida en dudas y celos por la idea de que el padre de su hija estuviera entretenido entre los brazos de otra mujer, regresó a la capital inglesa en abril

4 Mary contó en su juventud con dos grandes amigas. Una de ellas fue Jane Arden, a la que ya hemos mencionado y a cuya casa acudía con regularidad para recibir, junto a ella, la enseñanza que su padre les impartía. La segunda fue Frances Blood, más conocida como Fanny. Su amistad le aportaba un cierto equilibrio emocional. Sintió profundamente su marcha a Portugal cuando Fanny contrajo matrimonio con un comerciante establecido en la ciudad de Lisboa, pero más profundamente aún sintió su muerte acaecida durante el parto apenas diez meses después de aquel enlace nupcial. Que a ambas amigas las unía una estrecha amistad lo demuestra el hecho de que Wollstonecraft decidió dejar la escuela de Newington Green donde enseñaba para irse a Lisboa a cuidar a su amiga que llevaba su embarazo con una tisis galopante que hacía mella en su estado físico. Mary no se apartó de ella hasta su muerte. Por eso no es de extrañar que le pusiera a su primera hija el nombre de su querida y desaparecida amiga.

de 1795 con la esperanza de retomar la relación de aquel de quien estaba enamorada, pero este la rechazó sin ningún tipo de pudor ni remordimientos. La inestabilidad emocional y psíquica que esto causó en Mary queda patente en el hecho de que, poco después de sentirse rechazada y con una hija fuera del matrimonio, intentara quitarse la vida lanzándose al río Támesis desde el puente Putney. Pero no logró su objetivo, ya que unos pescadores consiguieron salvarle la vida antes de que terminara por ahogarse. Era el mes de octubre de ese mismo año. Una vez sustraída de los brazos del ángel de la muerte y restablecida física y anímicamente volvió a vincularse al mundo literario junto con su antiguo editor Joseph Johnson. Fue precisamente en este círculo donde se volvió a enamorar, esta vez del escritor William Godwin de quien se quedaría embarazada. Para no tener otro hijo fuera del matrimonio decidieron contraer nupcias en marzo de 1797. Llevaron una feliz pero fugaz vida matrimonial ya que Mary Wollstonecraft perdió la vida por complicaciones en el parto⁵. Era un 10 de septiembre de 1797⁶.

Hemos querido detenernos en algunos aspectos de carácter biográfico para que el lector pueda entender el ostracismo en el que cayeron los textos de nuestra autora. A ella se le debe una de las obras más importantes, en cuanto a las reivindicaciones feministas se refiere. Sin embargo, a raíz de su muerte, su viudo esposo se encargó de divulgar, a través de sus escritos, ciertos pasajes escabrosos de la vida afectiva de Mary, así como su intento de suicidio. Esto hizo que sus obras no fueran buscadas en ninguna biblioteca por las mujeres educadas en la moral victoriana del siglo deci-

5 La causa de su muerte fue fiebres puerperales, producidas por una placenta mal expulsada. Tuvo una niña que nació viva y bautizada con el nombre de Mary Wollstonecraft Godwin, aunque fue más conocida por su apellido de casada como Mary Shelley. Al igual que su madre tuvo una clara vocación por el mundo de las letras y pronto comenzó a escribir, siendo mundialmente conocida por ser la autora de la novela gótica *Frankenstein o el sueño de Prometeo*, publicada en 1818.

6 Para ahondar en estos datos biográficos cf. Claire Tomalin, *Life and Death of Mary Wollstonecraft*, Penguin Books, New York, 1992; Janet Todd, *Mary Wollstonecraft: A Revolutionary Life*, Weidenfeld & Nicolson, London, 2000; William St. Claire, *The Godwins and the Shelleys: The Biography of a Family*, W.W. Norton and Co., New York, 1989; William Godwin, *Memoirs of the Author of a Vindication of the Rights of Woman*, Eds. Pamela Clemit and Gina Luria Walker, Broadview Press, Peterborough, 2001.

monónico, para evitar ser tildadas de libertinas, pues una vida como la de Wollstonecraft hería el decoro y el pudor con el que las mujeres eran instruidas. De hecho, no solo no era leída, sino que durante casi un siglo fue duramente criticada por escritoras conecedoras más de su vida que de su pensamiento. Hubo que esperar a finales del siglo XIX para que su discurso fuera recuperado y revalorizado por Virginia Wolf, otra escritora británica, que supo darle a su compatriota el lugar que le correspondía, dentro del movimiento feminista. Pero fue, sobre todo, a raíz de la nueva ola de feminismo iniciado en la década de los 60 y 70 del pasado siglo XX donde se popularizó tanto su obra como su vida personal. Efectivamente, si esta fue la causa de que sus escritos fueran olvidados durante el período decimonónico, a partir de la nueva visión iniciada con el Mayo francés será el motivo de su divulgación. Al cambiar la mentalidad y los valores, su vida amorosa, otrora causante de escándalo y vergüenza, se empieza a ver ahora como modelo a imitar, por considerarse como una adelantada a su tiempo. Imitable o no en su conducta, no es esa la cuestión, lo que nos interesa es su pensamiento, en concreto el reflejado en su libro *Vindicación de los derechos de la mujer*, que puede ser considerado como la primera obra feminista moderna en lengua inglesa.

El libro fue publicado en 1792 y redactado en poco más de seis semanas como ya hemos anticipado. Tal vez por esto nos encontramos ante un texto en cierto modo deslavazado y carente de método, pero no por ello menos rompedor. Lo fue en la medida en que supo cuestionar la diversidad formal con respecto a la educación supeditada a los sexos de los individuos. Su tesis consistía en poner de manifiesto que el sistema educativo no contemplaba a las mujeres como sujetos racionales, sino simplemente como sujetos sentimentales y objetos de placer. Sobre esto se pronunciaba en los siguientes términos:

Atribuyo una de las causas de este florecimiento estéril a un sistema de educación falso, organizado mediante los libros que sobre el tema han escrito hombres que, al considerar a las mujeres más como tales que como criaturas humanas, se han mostrado más dispuestos a hacer de ellas damas seductoras que espo-

sas afectuosas y madres racionales; y este homenaje engañoso ha distorsionado tanto la comprensión del sexo, que las mujeres civilizadas de nuestro siglo, con unas pocas excepciones, solo desean fervientemente inspirar amor, cuando debieran abrigar una ambición más noble y exigir respeto por su capacidad y sus virtudes⁷.

Aquí deja clara su intención, que no es otra que el convertir a las mujeres en seres más respetables. Esta respetabilidad la hace pivotar sobre el desarrollo de las virtudes. Para entender esto hay que conocer la distinción que se hacía entre modales y moral. Con el primer término se alude a todas aquellas conductas inculcadas en las jovencitas con las que poder agradar a los demás y en concreto a los varones de entre los que debía conquistar a uno para poder llegar al matrimonio. En cambio, con el término moral se hace hincapié en la fuerza de la razón, pues solo los seres racionales pueden llegar a ser virtuosos. Pero los prejuicios sociales de la época hacían pensar que las mujeres no necesitaban desarrollar ningún acto de virtud, solo les bastaba con inocular los modales sociales para hacer de ellas objetos de deseos.

Wollstonecraft denuncia esta doble finalidad de la educación, donde varones y féminas eran instruidos en función de lo que se esperaba de ellos. Aquellos tenían que ser seres respetables, autónomos, racionales, morales y virtuosos. Por el contrario, estas tenían que ser dóciles, sumisas, dependientes, seductoras y de buenos modales. No es de extrañar que, con este panorama, ella considere que ha sido precisamente la educación la que ha convertido a la mujer en un ser artificial y de carácter débil. Por eso, en su escrito cuestiona a todos aquellos autores que han contribuido a fijar esquemas educacionales prejuiciosos, impidiendo que la mujer pueda ser formada en los mismos parámetros que los varones. De entre ellos destacan los planteamientos de Rousseau a quien Wollstonecraft critica abiertamente en su obra⁸. El pensador

7 Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer*, Cátedra, Madrid 2018, 102.

8 Rousseau no es el único escritor analizado y censurado por Wollstonecraft en su obra, aunque sin duda es al que más alude para cuestionar sus planteamientos.

francófono publicó en 1762 una novela de carácter pedagógico titulada *Emilio o De la educación*. La obra, compuesta por cinco libros, le debe una parte del título a su protagonista, un varón de quien se nos narra cómo debe ser su formación. De su compañera, Sofía, se nos hablará en el quinto libro cuando se haga alusión a la educación que ella debe recibir que, a causa de su sexo, tiene que ser diferente a la de su compañero. Es precisamente en esta parte donde Wollstonecraft pone la crítica, pues encuentra en ella determinados párrafos que contribuyen a mantener los esquemas educacionales con respecto a las féminas. Como primera muestra presentamos el siguiente fragmento:

Una vez que se ha demostrado que el hombre y la mujer no están ni deben estar constituidos igual, ni de carácter ni de temperamento, se sigue que no deben tener la misma educación. Según las direcciones de la naturaleza deben obrar de consumo, pero no deben hacer las mismas cosas; el fin de los trabajos es común, pero los trabajos son diferentes, y por consiguiente los gustos que los dirigen⁹.

Con estas palabras, Rousseau establece la premisa de que hombres y mujeres son diferentes y que en función de dicha diferencia la educación debe ser distinta, dependiendo del sexo de quien la reciba. Wollstonecraft no rechaza la primera idea. Ella reconoce que hombres y mujeres son diversos en función de su naturaleza sexuada, pero rechaza el hecho de que esta disimilitud lleve consigo una diferenciación esencial en el proceso educativo, ya que esto conlleva un grave peligro para las mujeres. Peligro que ella no tuvo que suponer o inducir, sino que le bastó con seguir leyendo al pensador suizo. Leámoslo también nosotros:

La mujer y el hombre están hechos el uno para el otro, pero su mutua dependencia no es igual: los hombres dependen de las mujeres por sus deseos; las mujeres dependen de los hombres, tanto por sus deseos como por sus necesidades; subsisti-

Otros autores cuyas obras son analizadas y refutadas son el doctor Fordyce, el doctor Gregory o lord Chesterfield entre otros. Cf. *Ibidem*, 219-275.

9 Jean-Jacques Rousseau, *Emilio o De la educación*, Alianza Editorial, Madrid 2011³, 573.

ríamos mejor nosotros sin ellas que ellas sin nosotros. Para que ellas tengan lo necesario, para que estén en su estado, es preciso que nosotros se lo demos, que nosotros queramos dárselo, que nosotros las estimemos dignas de él; depende de nuestros sentimientos, del valor que damos a su mérito, del caso que hacemos de sus encantos y de sus virtudes. Por la misma ley de la naturaleza, las mujeres, tanto por lo que se refiere a ellas como a sus hijos, están a merced del juicio de los hombres: no les basta con ser bellas, es preciso que agraden; no les basta con ser prudentes, es preciso que sean tenidas por tales; su honor no está solamente en su conducta, sino en su reputación, y no es posible que la que consiente en pasar por infame pueda ser nunca honesta. Cuando obra bien el hombre solo depende de sí mismo y puede afrontar el juicio público, pero obrando bien la mujer solo cumple la mitad de su tarea, y no le importa menos lo que se piensa de ella que lo que en efecto es. De donde se deduce que el sistema de su educación debe ser en este punto contrario al de la nuestra: la opinión es la tumba de la virtud entre los hombres, y su trono entre las mujeres. (...) Toda la educación de las mujeres debe referirse a los hombres. Agradarles, serles útiles, hacerse amar y honrar por ellos, educarlos de jóvenes, cuidarlos de adultos, aconsejarlos, consolarlos, hacerles la vida agradable y dulce: he ahí los deberes de las mujeres en todo tiempo, y lo que debe enseñarseles desde su infancia. Mientras no nos atengamos a este principio nos alejaremos de la meta, y todos los preceptos que se les den de nada servirán ni para su felicidad ni para la nuestra¹⁰.

En efecto, acápites como el que acabamos de presentar son los que suscitaron en la autora británica sus enojos. El planteamiento que hemos leído de la obra citada no es exclusivo del ginebrino, pues se encuentra presente en muchos autores que trataron el tema de la educación, pero la influencia del helvético en el círculo intelectual europeo era tan conspicua a finales del siglo XVIII que Wollstonecraft no dudó en rebatir los principios pedagógicos que encontró en el *Emilio*. Como se ha podido ver, Rousseau parte de la premisa inicial de que por el simple hecho de que la naturaleza haya conformado al hombre y a la mujer diferentes se debe seguir de aquí una clara y manifiesta diferenciación a la hora de educarlos. Esto supone que la

10 *Ibidem*, 575-576.

mujer sea educada para obedecer al marido haciendo de ella un ser artificial y de carácter débil¹¹. Por eso, la británica centrará todo su esfuerzo en reivindicar la dimensión racional de la mujer, para que esta pueda ser instruida en base a ella y poder así igualarse intelectualmente al hombre. No niega en ningún momento nuestra autora la feminidad de la mujer, como sí veremos que se hará en la tercera ola del feminismo, sino que para el establecimiento de la teoría de la igualdad jurídica entre varones y féminas se hace necesario que estas últimas sean tratadas como sujetos capaces de virtudes y no como meros objetos de deseo. Y esto solo será posible si el sistema educativo diseñado para los hombres se abre para poder integrar en él a las mujeres. Pero, ¿cómo conseguir esto? Wollstonecraft es perfectamente consciente de que exponiendo a sus hermanas de sexo sus conclusiones acerca de los planteamientos pedagógicos que las infantilizan no es suficiente, porque entiende que ninguna de ellas, ni individual ni siquiera colectivamente, tienen fuerza para modificar modelos culturales férreamente establecidos. Es por ello por lo que se ve en la necesidad de apelar a los mismos hombres, para que sean estos los que tomen partido en favor de la inclusión de las mujeres en sus círculos académicos. Escuchémosla:

...me alegraría convencer a los hombres juiciosos de la importancia de algunos de mis comentarios y persuadirlos para que sopesen sin pasión todo el tenor de mis observaciones. Apelo a sus entendimientos y, como una criatura semejante, reclamo, en nombre de mi sexo, cierto interés en sus corazones. Les suplico que ayuden a emancipar a sus parejas, para que se conviertan en sus *compañeras*. Si los hombres rompieran con generosidad nuestras cadenas y se contentaran con la camaradería racional en lugar de la observancia servil, hallarían en nosotras hijas más obsequiosas, hermanas más afectuosas, esposas más fieles y madres más juiciosas; en una palabra, mejores ciudadanas. Entonces los amaríamos con afecto verdadero, porque aprenderíamos a respetarnos a nosotras mismas, y la paz mental de un hombre valioso no sería perturbada por la necia vanidad de su

11 Cf. Mary Wollstonecraft, *Vindicación de los derechos de la mujer...op. cit.*, 130.

esposa, ni los niños se irían a cobijar a un pecho extraño, al no haber encontrado nunca un hogar en el de su madre¹².

No deben verse en estas palabras una súplica mojigata o quejicosa sino la invitación sincera a que los varones no teman en tener a las mujeres por compañeras en la vida social. Pero, para que esto sea así, son ellos los que deben también implicarse en elevarlas de su situación, por medio del desarrollo racional que propiciaría una integración en su modelo educativo. Nada hay, por tanto, en el pensamiento de nuestra autora que permita pensar en una sindicalización o colectivización de las mujeres con la pretensión de buscar enfrentamientos con los hombres dando con ello origen a lo que más tarde se conocerá como «guerra de sexos». Ninguna batalla sexual sobrevoló jamás el pensamiento de Wollstonecraft, pues por el sexo opuesto siempre sintió admiración y respeto, lo mismo que quería para el suyo.

Esta invitación dejada por nuestra escritora a los varones para que también estos se sumen a la lucha por la emancipación de la mujer fue asumida con gran finura intelectual por el filósofo y político británico John Stuart Mill. Fue el hijo mayor de James Mill, quien es conocido por ser uno de los fundadores del utilitarismo, sistema de reflexión en el que fue educado el joven John y que vertebraría todo su pensamiento¹³. Stuart Mill se alistó en el movimiento de liberación feminista gracias a la profunda influencia que produjo en él su amistad con Harriett Taylor, con quien se casaría años más tarde después de que esta quedara viuda. Su lucha a favor de esta causa ha quedado inmortalizada en su obra *El sometimiento de las mujeres*, un libro que fue publicado en 1869 y que causó un tremendo impacto, no solo en Inglaterra sino en todos aquellos países en los que se fue editando, pues el mismo año en que apareció entre los ingleses, el libro vio la luz también en Norteamérica, Nueva Zelanda y Australia. En este mismo año el texto se tradujo a otros idiomas para que se tuviera acceso a él en Francia, Alemania, Austria, Suecia y Dinamarca. Y, apenas un

12 *Ibidem*, 331.

13 Acerca del sistema utilitarista y de la influencia de esta corriente en Stuart Mill véase Leonardo Rodríguez Duplá, *Ética*, BAC, Madrid 2011, 115-124.

año más tarde ya existían traducciones al italiano y al polaco. Fue tan conspicuo el impacto de la obra entre el círculo intelectual femenino que bajo su sombra se fundaron no pocos movimientos feministas, sobre todo, en muchos países europeos¹⁴.

Se trata de una obra de índole política, pero con un cierto aire polémico en tanto que la escribe con la intención de desarticular no pocos prejuicios contra la naturaleza femenina. En este sentido su objetivo es, por un lado, denunciar una determinada situación vivencial, por injusta y opresiva, que es la que experimentan las mujeres, y, por otro, proponer una alternativa de carácter emancipador¹⁵. Tarea esta que se le antoja altamente ardua pues es plenamente consciente de que la opinión generalizada de la inferioridad de la mujer respecto al varón es una idea atávica que se encuentra profundamente anclada en los sentimientos más que en la razón y cuando esto ocurre, los argumentos en contra de aquella opinión, más que debilitarla, lo que provoca es una mayor radicalización y afianzamiento en sus representantes, a la par que un ataque virulento y desmedido hacia aquellos que hayan osado cuestionar el orden de las ideas establecidas. En este sentido, Stuart Mill se presenta como un pensador heterodoxo, atreviéndose a alzar su voz contra un conjunto de prejuicios sociales que convierten a la mujer en un ser humano de segunda categoría. Es pues, su sentido de la justicia lo que le lleva a erigirse en paladín de una causa noble, como es la equiparación de la dignidad femenina a la masculina. En efecto, su posicionamiento político en la reivindicación de esta igualdad le ocasionó incomprendiones, ataques y hasta burlas irres-

14 Cf. Richard J. Evans, *Las feministas*, Siglo XXI, Madrid 1980, 15-16.

15 Él mismo deja claro cuál es el propósito que persigue al redactar este texto: «Mi propósito en este ensayo es explicar, con toda la claridad que me sea posible, las bases de una opinión que mantengo ya desde la primera época en que empecé a albergar opiniones sobre cuestiones sociales o políticas, y que no se me ha debilitado ni variado desde entonces; antes bien, se me ha reforzado al ir avanzando mi reflexión y mi experiencia de la vida. A saber: que el principio que regula las relaciones sociales vigentes entre los dos sexos (la subordinación legal de un sexo al otro) es incorrecto por sí mismo y que, en nuestros tiempos, es uno de los mayores obstáculos que se oponen al desarrollo humano; y que debería ser sustituido por un principio de igualdad perfecta, que no reconozca poder ni privilegios para una de las partes ni desventajas para la otra»: John Stuart Mill, *El sometimiento de las mujeres*, EDAF, Madrid 2018³, 69.

petuosas hacia su persona, pero no por eso claudicó de su empeño por conseguir una equiparación social entre hombres y mujeres.

En su enfoque analítico, Stuart Mill se alinea con el pensamiento de Wollstonecraft, al poner en el centro de su crítica la manera en que las mujeres son educadas en la sociedad decimonónica, una educación que aniquila sus sentimientos sociales, al inculcárseles que su único ámbito de actuación es el hogar y teniendo solo un papel secundario ya que, en una sociedad con una comprensión patriarcal de la familia, es el hombre el que goza de pleno derecho sobre la misma. En este sistema familiar, el hombre dispone de una posición privilegiada con respecto a la mujer, pues esta no puede hacer nada sin el permiso de su esposo y todo cuanto ella posea, materialmente hablando, pasa a disposición del marido. Estando así las cosas, Mill se da cuenta de dos cuestiones fundamentales. La primera es que para sacar a las féminas de su subordinación social es necesario que los varones estén dispuestos a renunciar a su estatus privilegiado. Y la segunda, es que estos nunca aceptarán tal renuncia si no se ven compensados con algún tipo de beneficios. Es por ello por lo que el pensador británico se esforzará por intentar demostrar, desde una perspectiva filosófica utilitarista, las ventajas que reportaría la ruptura del sistema de sometimiento en el que estaban circunscritas las mujeres. Evidentemente, las primeras beneficiadas serían estas últimas, pero —y aquí es donde Stuart Mill saca su ingenio argumentativo— también la sociedad en su conjunto y los varones en el plano personal. Ahora, ¿en qué sentido se puede decir que la sociedad queda beneficiada? Para responder a este interrogante, el político inglés construye el argumento de la «competencia instrumental», el cual consiste en sostener que en la sociedad de su época existe una falta de competencia para desempeñar determinadas tareas de gestión y administración. Ante esta falta de personas cualificadas, la exclusión que experimenta la mujer de la vida pública debe concebirse como un desperdicio de un potencial que no se está empleando. Si el colectivo de las mujeres, que representa la mitad de la población, pudiera formarse académicamente, lo que se conseguiría con ello sería la duplicación de las facultades mentales de la humanidad. Escuchemos cómo se pronuncia sobre esto:

El (...) beneficio que podemos esperar al entregar a las mujeres el libre uso de sus facultades, dejándoles elegir libremente su trabajo y abriéndoles el mismo campo de actividades y los mismos premios y recompensas que al resto de los seres humanos, sería el de duplicar la masa de las facultades mentales disponibles para prestar los servicios más elevados a la humanidad. Donde ahora hay una persona cualificada para beneficiar a la humanidad y fomentar el progreso general, como por ejemplo un maestro o un administrador de alguna rama de los asuntos públicos o sociales, podría haber dos. En la actualidad, la oferta de mentes superiores es tan inferior a la demanda en todas partes, hay tanta falta de personas competentes para hacer con excelencia cualquier cosa que requiera una capacidad considerable, que el mundo sufre una pérdida gravísima al negarse aprovechar la mitad del total de los talentos que posee.(...), también debería sumarse, por otra parte, el beneficio del estímulo que recibiría el intelecto de los hombres por la competencia; o bien (por decirlo con mayor verdad) por la necesidad que se les impondría de merecerse las ventajas para poder acceder a ellas. Este gran aumento del poder intelectual de la especie, y de la cantidad total de intelecto disponible para la buena gestión de sus asuntos, se obtendría en parte por medio de la educación intelectual mejor y más completa de las mujeres, que mejoraría después *pari passu* con la de los hombres.(...) De este modo, el ensanchamiento de la esfera de acción de las mujeres produciría un beneficio, elevando la educación de estas hasta el nivel de la de los hombres y permitiendo que participen de todas las mejoras de la educación de los hombres¹⁶.

Con este planteamiento lo que se pretende poner de manifiesto es que todos los logros que una sociedad haya podido conseguir por el esfuerzo y el trabajo de sus miembros activos se puede multiplicar por dos si se incorpora a la mujer en esas mismas actividades. Obviamente esto último sería la carta de defunción del patriarcado, pero lo que los varones recibirían a cambio compensaría con creces dicha pérdida.

Con esto hemos respondido a la cuestión de los beneficios sociales de la emancipación de la mujer, pero, ¿y qué hay de aquellos otros que afectan directamente a los varones en el plano personal? Para

16 *Ibidem*, 207-209.